

## CAPITULO XXXII.

### EL PODER DEL ORO.

La marquesa de Bellaflor habia recibido otra herida en su razon.

Por los padres de la hermosa Carolina, que se hallaba enferma desde que la policia arrancó de su lado á su tierno amante, supo que Manuel y el negro Tomás yacian presos por los acontecimientos del 7 de mayo.

Doña Úrsula estaba hecha una fiera contra los gobernantes que tales atropellamientos cometian.

Don Nicomedes, dominado por su miedo cerval, se estremecia al oír hablar de política á su cara consorte; pero no se atrevia á hacer uso de su prerogativa de marido para imponer silencio á la exaltada patriota, porque estaba cierto de que esta heroina, no solo dejaria de obedecerle, sino que le llamaria pancista y le cantaria el trágala.

Doña Úrsula y don Nicomedes, habian visitado á la marquesa

de Bellaflor para enterarla de la prision de su jóven hermano, pero atendido el genio de doña Úrsula, era imposible que esta buena señora se contentase con referir la desgraciada escena en cuestion, y así fué que enteró á la marquesa minuciosamente de los amores de Manuel y Carolina, y de su proyectado enlace.

— María visitó á su vez á este honrado matrimonio y conoció personalmente á Carolina, á quien halló aun en el lecho del dolor donde gemia desde aquel triste acontecimiento.

— María y Carolina simpatizaron al instante, y los consejos de la primera, en las frecuentes visitas que hacia después á la enamorada jóven, alcanzaron mas que los recursos del arte el alivio de la enferma.

Habian visitado á Manuel y al pobre viejo Tomás, y esperaban todos que la prision de ambos no seria duradera.

— María habia detenido su marcha á Zaragoza, tanto por el encarcelamiento de su hermano como por la enfermedad de Carolina; pero cuando esta recobró su salud, y le aseguraron que Manuel y el negro Tomás quedarian en breve libres, no quiso retardar un proyecto para el cual tenia hechos ya todos los preparativos.

— El administrador de los bienes de su marido en Zaragoza, la estaba aguardando con impaciencia, y ella se sentia tambien impelida por un vehemente deseo de huir de Madrid, donde los infortunios se le aglomeraban de una manera horrible desde el fallecimiento de su madre.

— Fijó por fin el 30 de junio para su marcha, dejando á Tomás la órden para que tan pronto como se viera libre, cosa que segun se aseguraba debia ser muy en breve, emprendiese el viaje para Zaragoza, donde le estaria aguardando con ansiedad.

La víspera del dia señalado para la salida de Madrid, recibió

la marquesa una visita que bajo ningun concepto esperaba.

Una señora ataviada con sorprendente lujo y la mas esquisita elegancia, ocupaba á la derecha de la marquesa de Bellaflor un sofá del salon principal.

Después de los cumplimientos que exige la buena educacion, recíprocamente prodigados con magistral cortesanía entre la marquesa y la desconocida, dijo esta sonriéndose con aparente bondad:

— Usted estrañará sin duda, marquesa, que sin tener el honor de conocerla personalmente, me haya tomado la libertad de presentarme en su casa; pero el objeto de esta visita disculpa mi atrevimiento en verificarla.

— Cualquiera que sea el objeto de su visita, señora — respondió la marquesa — es sumamente honrosa para mí la presencia de usted en esta casa.

— ¡Pues qué! ¿Sabe usted quién soy? Ya me figuraba yo que don Fermin del Valle obraba con anuencia de usted. Él, sin embargo, queria ocultarme una verdad que ahora veo descubierta. Suponia el buen señor que era el negocio esclusivamente suyo, que trataba de llevarse en él toda la gloria, y que no queria decir á usted nada hasta después del arreglo; pero yo soy estremadamente maliciosa, confieso esta falta..... ¿quién no aprende á serlo en la escuela de la córte?

— Si usted tuviera la bondad de esplicarse...

— Con toda franqueza lo haré, amiga mia..... y le doy á usted este dulce título porque me propongo darle pruebas evidentes de verdadera amistad. ¡Oh! vamos á ser muy amigas, marquesa, muy amigas.

— Eso sería para mí una satisfaccion imponderable — respondió la marquesa meramente por galantería.

— Empezaré, pues, por dar á usted una noticia que no dudo le será muy agradable. Su hermanito de usted y su mayordomo, que por las ocurrencias del 7 de mayo, gimen en la prision, quedarán dentro de muy breves dias en completa libertad.

— Lo sé, señora.

— ¡Cómo! ¿Lo sabia usted ya? ¡Y queria nuestro amigo hacerme creer que usted no sabia nada! Pues bien, marquesa, ya que han salido ciertas mis sospechas, es preciso que arreglemos entre las dos el asunto mas dificil. ¿Qué necesidad hay de que en cosas tan delicadas haya intercesores que no hacen falta ninguna? En una palabra, estoy competentemente autorizada para devolverle á usted su padre.

— ¡Para devolverme mi padre! — repuso con asombro la marquesa.

— Vamos, marquesa — dijo la desconocida abriendo y cerrando con coquetería el abanico — no se haga usted la desentendida, cuando veo claramente que está usted muy bien impuesta de lo que se trata. He dicho antes que íbamos á ser muy amigas, y en esta inteligencia tomaré con mucho gusto la iniciativa en la franqueza que desde este momento debe reinar entre nosotras. ¿Y por qué no he de hacerlo así, cuando no tengo en este negocio mas interés, que el placer que deja en un corazon sensible como el mio la conviccion de hacer bien á nuestros semejantes? Si todos abrigáran mis sentimientos, crea usted, marquesa, que no tendria usted que pagar la menor cantidad, para obtener la libertad y el regreso de su padre; pero usted, como persona discreta, de un talento verdaderamente envidiable, segun es fama en la córte, usted, repito, mejor que nadie conocerá que en Madrid es preciso allanar todas las dificultades con oro. Don Fermin del Valle sabe perfec-

tamente que yo no quiero nada para mí... ¡Dios me libre!... ni lo necesito en la posición en que me hallo; pero no todos se encuentran en caso favorable, son muchos los que andan en este asunto, y hay que gratificar á todos ellos con la esplendidez propia de una señora de tan alta categoría como la marquesa de Bellaflor.

—La marquesa de Bellaflor, señora—dijo María con dignidad—está llena de asombro por lo que acaba de oír.

—Eso es muy natural—repuso la desconocida dando una equivocada interpretación á las palabras de la marquesa.

—¿Con que tan fácil es obtener el regreso de mi querido padre?

—Es cosa hecha—respondió sin titubear la desconocida, y añadió en tono de vanidad:—merced á mi intercesión.

—¿Y ha intercedido usted en favor de mi padre?

—Y con mucho empeño, marquesa.

—¿Sin conocerle!... sin más interés que el de hacer una buena acción!... Mucho agradezco á usted tan generosa conducta; pero... ¿y si mi padre fuese verdaderamente culpable?

—No diga usted eso, marquesa...

—Es una pregunta muy natural... ¿Si fuese culpable esa persona que trata usted de hacer regresar al seno de su familia?

—Eso no puede ser de ningún modo.

—¿Por qué no?

—¡El padre de la marquesa de Bellaflor culpable!

—Ya, ya lo entiendo... usted es de opinión que en las familias de los marqueses, lo mismo que en las de los condes y duques no puede haber criminales. Sin embargo, se ha deportado á mi padre por delincuente.

—Pero es fácil probar su inocencia.

—¿De veras? ¡Cuánto me alegro!... Y ¿cómo, señora... cómo haremos ver que es inocente?

—Del modo que acabo de proponer á usted: gratificando á ciertos amigos míos...

—¿Que venden su opinión, su honor, su conciencia por un puñado de monedas de oro!—esclamó en tono solemne la marquesa.—Yo no compro á tan vil precio la libertad de mi padre, señora.

—¿Es posible!

—Repito que no quiero recobrar á mi padre si he de comprarle como se compra una máquina, un objeto de lujo, un ente irracional.

—Vamos, ya comprendo hasta dónde llega la delicadeza de usted, y ahora veo que don Fermin del Valle tenía más razón que yo. El cerrará el ajuste, sin que aparezca ni por asomo que es cosa de usted. Bien dicen, amiga mía, que tiene usted mucho talento. Me confieso inferior, muy inferior á tanta sagacidad... y eso que hay pocas damas en la corte que me aventajen en malicia; pero usted sabe más, marquesa, es preciso conocerlo, es usted más diplomática que yo. No hay más que hablar, seguiré el arreglo con don Fermin del Valle, ó mejor dicho acabaremos de cerrar el trato, y tendrá usted el gusto de abrazar á su padre de usted, sin haber mendigado su perdón.

—Terminemos esta enojosa conversación, señora. Tal vez don Fermin del Valle movido de un celo imprudente, de un deseo mal entendido de sacrificar parte de su fortuna en obsequio de la amistad, andará en esos vergonzosos tratos de que usted me habla; pero ha de saber usted, que es la primera noticia que tengo de

ellos la que usted con rubor mio acaba de darme; que de ningun modo puedo aprobar la conducta de don Fermin por mas que nazca de sus generosos sentimientos, y que siendo los de mi padre iguales á los míos, rechazaremos ambos con toda energía un beneficio tan infamante.

—¿Habla usted de veras, marquesa?

—Digo formalmente que rehuso la libertad de mi padre á ese precio.

—Se conoce que le tendrá usted poco cariño.

—Si usted cree que á un padre se le puede tener poco cariño... la compadezco á usted. Porque le amo mucho, señora.... porque le idolatro como á Dios... quiero que se conserve pura y sin mancilla su reputacion...

—¡Que se conserve su reputacion pura... en un presidio!

—La virtud brilla siempre radiosa aun cuando esté encadenada. Solo el crimen es horrible y detestable aun cuando se cobije entre los oropeles de un palacio.

—Pero entretanto se verá usted privada de la presencia de su padre.

—¡Oh!.... no será por largo tiempo, señora. Si los desgraciados no contásemos mas que con los tribunales de los hombres, ¿qué podíamos esperar de ellos, cuando nadie mejor que usted sabe que hasta de la justicia hacen un tráfico escandaloso que pone al rico bajo la proteccion de las leyes y solo guardan la severidad de los castigos para el pobre. Pero afortunadamente hay allá arriba otro tribunal justiciero.... y ese tribunal infalible, señora, me devolverá muy pronto á mi padre... como devolverá al pueblo la libertad que los tiranos le arrebatan.

—¿Confía usted aun en los nuevos esfuerzos de otros revolu-

cionarios? ¿Confía usted aun en el triunfo de los fraguadores de motines?

—Confio en la justicia de Dios.

—Está bien... Siento mucho, señora, que mi visita no le haya sido á usted tan agradable como me habia prometido.... De todos modos, espero conocerá usted mis deseos...

—Los he conocido perfectamente, y crea usted que los agradezco de la manera que ellos se merecen.

Después de terminar esta conversacion con aquellas palabras que la cortesania exige y que rara vez espresan lo que siente el que las pronuncia, salió la desconocida resuelta á vengarse del desaire que acababa de sufrir.

Creia la marquesa de Bellaflor que en el repugnante negocio que se le acababa de proponer solo se trataba del regreso de su padre.

La infortunada María ignoraba que tambien para alcanzar la libertad de su hermano Manuel y del negro Tomás habia ofrecido el banquero don Fermin del Valle una cantidad de no insignificante importancia.

Avistóse María con el generoso banquero, y después de agradecerle cuanto hacia por ellos, consiguió no sin gran dificultad que desistiese del proyecto de comprar la libertad de su padre, proyecto que volvió á calificar de indigno y bochornoso, alegando para ello tan convincentes razones, que el mismo don Fermin se avergonzó de haberle concebido.

A consecuencia de los deseos de la marquesa de Bellaflor, retiró don Fermin su proposicion, no solo en favor de don Anselmo Godinez, sino de Manuel y del negro Tomás, cuyo rescate, pues no era otra cosa semejante ajuste, era aun negocio en cier-

nes en que no habia formales compromisos de parte alguna.

La dama interesada en esta especie de mercado donde se sacaba á pública subasta el honor de los ciudadanos, sintió haber de renunciar al lucro que debian proporcionarle sus filantrópicas agencias, á pesar de la *sinceridad* con que habia asegurado á la marquesa «que no tenia en este negocio mas interés que el placer que deja en un corazon sensible la conviccion de hacer bien á nuestros semejantes.»

Era tan grande el afan de *hacer bien* que animaba á esta señora, que después de las frases de benevolencia que habia dirigido á la marquesa de Bellaflor, después de haber estrechado su mano con cariñosa amabilidad, después de haber repetido varias veces «¡oh! hemos de ser muy amigas, muy amigas» no dejó pasar veinticuatro horas sin dar una prueba evidente de lo que valen las palabras de afecto entre las gentes del gran mundo.

El dia siguiente invadia la ronda de capa el palacio de la marquesa de Bellaflor.

Afortunadamente habia salido para Zaragoza la virtuosa María con sus inocentes hijos.

¿Qué tratarian de hacer aquellos genizaros contra una señora de tan heróicas virtudes, atormentada ya por todo género de infortunios?

El activo y honradísimo don Fermin del Valle pudo evitar que el espíritu de venganza se estendiese hasta la capital de Aragon.

Los verdugos dejaron en paz á la marquesa; pero se cebaron en las víctimas que tenian entre sus garras.

¡Pobre Manuel! ¡Pobre viejo Tomás! ya no sois inocentes, seguís siendo criminales, porque vuestros opresores no han recibido diez ó doce mil reales en testimonio de vuestra inocencia!

Seguís siendo criminales como tantos artesanos que no tienen oro para comprar su inocencia.

¡Qué justicia la de España durante la dominacion de los hombres de la suprema inteligencia!

¡Qué baldon para el general Narvaez!

¡Qué afrenta para toda la nacion española!

¿Llegará algun dia en que la justicia sea igual para todos?

¿Llegará algun dia en que se castiguen con mano severa los desafueros de los ricos?

¿Tendrá siempre la opulencia carta blanca para cometer impunemente todo linage de atentados?

¿Cuándo dejará de ser un crimen la pobreza?

¿Cuándo cesarán los privilegios que tienen los holgazanes de los palacios sobre los hombres mas útiles de la sociedad, los honrados obreros, los virtuosos artesanos?

Solo cuando el triunfo de la libertad sea completo.

Solo cuando EL PODER DEL ORO ceda al PODER DE LA RAZON Y DE LA JUSTICIA.